

NEW LEFT REVIEW 96

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2016

EDITORIAL

PERRY ANDERSON

La casa de Sión

ARTÍCULOS

IVÁN SZELÉNYI

Capitalismos después del comunismo

WALTER BENJAMIN

Junto a la chimenea

VERÓNICA SCHILD

Los feminismos en América Latina

CARLOS SPOERHASE

Seminario vs *mooc*

MARCO D'ERAMO

Vida portuaria

SVEN LÜTTICKEN

Personajificación

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN

La pervivencia de la Comuna

JEFFERY WEBBER

¿Desarrollo verde?

JOHN NEWSINGER

El famélico Raj

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

Janam Mukherjee, *Hungry Bengal: War, Famine and the End of Empire*, Londres, Hurst & Co., 2015, 329 pp.

JOHN NEWSINGER

EL FAMÉLICO RAJ

La hambruna de 1943-1944 en Bengala, una catástrofe de factura humana que es posible que causara la muerte de hasta cinco millones de personas, fue descrita por el virrey británico entrante, Archibald Wavell, como susceptible de hacer un daño «incalculable» a la reputación del Imperio. Era, según sus palabras, «uno de los mayores desastres sufridos por un pueblo bajo gobierno británico». Wavell estaba en lo cierto en cuanto a la escala del desastre. Pero ha sido tanta la eficacia con que el episodio ha sido desterrado de la historia de la India británica y de la Segunda Guerra Mundial, que no se puede decir que haya perjudicado en gran medida la reputación de Britannia. En la prestigiosa *Oxford History of the British Empire: The Twentieth Century*, un volumen que seguramente esté disponible en todas las bibliotecas universitarias del mundo angloparlante, la hambruna ni siquiera se menciona. En el estudio de seiscientas páginas que Max Hastings dedica a la figura de Churchill durante la Segunda Guerra Mundial, *Finest Years*, merece apenas un párrafo, mientras que en la biografía ficcional de Boris Johnson, *The Churchill Factor*, no aparece por ningún lado. El estudio de Jonathan Schneer del gabinete de guerra de Churchill, *Ministers at War*, omite cualquier mención a las discusiones que la hambruna suscitó en el gobierno de aquellos años. El reciente ensayo de David Faber, *Speaking for England*, una biografía política de Leo Amery y sus hijos, no menciona la hambruna, a pesar de que su objeto de estudio era el secretario de Estado para la India en aquel momento.

Ninguna de las biografías de Clement Atlee, incluyendo la recientemente publicada *Atlee's War: World War II and the Making of a Labour Leader*, menciona la muerte por inanición de millones de personas en Bengala, mientras él era viceprimer ministro en la coalición de guerra de Churchill. Los historiadores del Partido Laborista omiten de forma rutinaria la complicidad de Atlee en los crímenes del Imperio, a menudo por la simple vía de dejar de lado toda la cuestión de la política imperial; pero en todo caso, la omisión de la hambruna de Bengala no deja de ser llamativa. Está ausente del debate en torno al Partido Laborista de Atlee, en el ensayo de Nicholas Owen, *The British Left and India: Metropolitan Anti-Imperialism 1885-1947*. Incluso la reciente biografía que Peter Clark ha escrito de Stafford Cripps, el otrora parlamentario laborista que Churchill envió a la India en 1942 con el cometido de firmar un acuerdo con Gandhi y Nehru, evita mencionar la hambruna. Es evidente que estas omisiones en serie no son simplemente resultado de una mala investigación: demasiados buenos historiadores hay involucrados en ellas, como para que puedan considerarse producto de carencias individuales. Más bien, se trata de manifestaciones de un discurso imperial particularmente tenaz, que una investigación seria del periodo en cuestión debería desafiar frontalmente.

Al mismo tiempo, gran parte de la historiografía india sobre la hambruna de Bengala tampoco está exenta de lagunas. *Poverty and Famines* (1981), de Amartya Sen —que sostiene la tesis de que el alza de los precios, más que la escasez de arroz, fue la causa principal del hambre en Bengala— apunta a la ausencia de una democracia funcional como una condición que propicia las hambrunas, pero en cambio no tiene nada que decir sobre los agentes políticos específicos. De forma similar, *Churchill's Secret War* (2011), de la periodista Madhusree Mukerjee, si bien condena con razón la respuesta racista de Churchill y otros ante la catástrofe, así como su sabotaje de hecho de los esfuerzos paliativos, en cambio no hace en ningún momento por indagar en la relación existente entre la hambruna y la cuestión más amplia de las desigualdades en la sociedad india y no formula una sola palabra de crítica contra los líderes nacionalistas.

Uno de los grandes méritos de *Hungry Bengal*, de Janam Mukherjee, es precisamente su vocación de desafiar estas dos tradiciones. En tanto que investigador bengalo-estadounidense residente en Toronto, cuyo padre pasó la década de 1940 en Calcuta, el propósito declarado de Mukherjee es investigar las «estructuras tan vigorosamente forjadas de influencia e indiferencia» que generaron la hambruna y «exponer la dialéctica de influencia y poder», desde lo local hasta lo global, que definió su trayectoria. Por lo que a él respecta, la «culpa del Imperio» —el hecho de que «las órdenes que llevaron directamente a la hambruna provinieron del gabinete de guerra en Londres bajo la presión de Winston Churchill», y que «buena parte de la culpa la

tuvieron el secretario de Estado para la India, el virrey en Nueva Delhi y otros altos funcionarios)— es innegable. Pero las decisiones y acciones de funcionarios menores, tanto británicos como indios, jugaron también su parte a la hora de desencadenar la catástrofe. Aquellos hombres mostraron a menudo «el mismo desprecio» que el propio Churchill. Además de la impunidad imperial y la indiferencia colonial, la historia de la hambruna debe entenderse también como la historia del «enriquecimiento de los industriales indios» —y entre ellos G. D. Birla, gran amigo y benefactor de Gandhi—, que de forma entusiasta apoyaron esquilmar el campo de arroz para alimentar a los obreros de sus fábricas. Su ansia de beneficio, insiste Mukherjee, jugó un papel nada despreciable en la hambruna, si bien esta dimensión ha estado casi ausente de la mayoría de los estudios históricos de aquel acontecimiento, en parte, sugiere, debido al énfasis puesto en el poder explicativo de la «cultura», unido a un conveniente descuido de la economía política.

Más en general, los historiadores de la India se han centrado en la lucha nacionalista y en el camino a la Partición y a la Independencia, relegando la Segunda Guerra Mundial y la hambruna de Bengala a notas a pie de página. Pero, se pregunta Mukherjee, ¿pueden las consecuencias sociopolíticas de tantos millones de muertes considerarse marginales con respecto al gran relato de la construcción nacional? Específicamente, Mukherjee rastrea las fracturas sociales que van desde la hambruna hasta los disturbios comunales que estallaron en Calcuta en 1946, y que anunciaban las más vastas masacres entre hindúes y musulmanes que habrían de tener lugar durante la Partición. Los odios de 1946 fueron el producto de tensiones acumulativas, nos dice, agravadas por la guerra pero exacerbadas por la hambruna. Mukherjee es muy consciente de la importancia de las contradicciones de clase, de casta y de la política comunal en la India anterior a la independencia. El sistema de «autogobierno» colonial instituido a partir de 1935 en respuesta a la agitación nacionalista, conoció asambleas provinciales y ministros principales elegidos por sufragio ampliado en 1937 bajo el dominio continuo del virrey británico y sus gobernadores provinciales. La guerra agudizó las tensiones entre gobernantes y gobernados. Después de que el virrey Victor Hope, marqués de Linlithgow, declarara la guerra a Alemania en 1939 como representante de la India, los gobiernos provinciales del Congreso Nacional Indio (CNI) dimitieron en protesta por no haber sido consultados y comenzaron una política de «no cooperación». La política británica viró hacia la Liga Musulmana, que al menos ofreció un tibio apoyo al esfuerzo de guerra. En la Bengala rural, foco de sentimientos antiimperiales, los carteles nacionalistas proclamaban: «El Imperio británico está a punto de ser aniquilado. ¡No seas un recluta!». Con la conquista relámpago de la Burma británica (actual Myanmar) por parte de Japón en primavera de 1942, la inquieta megacolonia se vio asimismo en primera línea de una

guerra interimperialista, que transcurría en el marco de las configuraciones más amplias de la Segunda Guerra Mundial.

Bengala se encontraba ahora en la línea del frente del Asia del Sur aliada, cuyo principal centro industrial era Calcuta. Una provincia de más de 60 millones de habitantes, de los cuales el 90 por 100 vivían dispersos en aproximadamente 90.000 pueblos (muchos de los cuales sólo eran accesibles por barco a través de algo más de 32.000 kilómetros de vías acuáticas, que a menudo discurrían entre una jungla espesa), Bengala ya había sufrido una penuria considerable durante la Gran Depresión y el hambre en el campo estaba muy extendida, mientras que la respuesta británica ante la caída de Burma no haría sino exacerbarla. Temiendo que el ejército japonés se adentrara de inmediato en el este de India, el gabinete de guerra en Londres impuso una política de tierra quemada, conocida como «denegación» [*denial*], que incluía despojar los distritos costeros de Bengala de «excedentes» de arroz y tomar el control del transporte local con el fin de prevenir que cayera en manos de las fuerzas invasoras. Como argumenta Mukherjee, la movilización de los años de guerra agregó una «determinación autoritaria» a las dinámicas depredadoras del gobierno colonial: el gobernador británico de Bengala, Sir John Herbert, marginó al gobierno provincial electo de Fazlul Huq (un genial populista anticomunal, cuyo eslogan en las elecciones de 1937 era: «¡Lentejas y arroz!»), para nombrar a un funcionario inglés, L. G. Pinnell, al que encargó la tarea de imponer la política de la Denegación a marchas forzadas. Pinnell se aproximó a un bien conocido militante de la Liga Musulmana de Jinnah, el comerciante de arroz M. A. Ispahani, a cuya empresa ofreció dos millones de rupias para llevar a cabo la operación. El previsible clamor de protesta proveniente de los demás partidos llevó a Pinnell a nombrar a cuatro agentes adicionales de la política de la Denegación, con una base de partidos comunales, todo en aras de un supuesto «equilibrio», que en realidad condujo, en palabras de Mukherjee, a mayores cotas de caos y corrupción. En abril de 1942 Pinnell anunció que se procedería a la exacción de 123.000 toneladas de «excedentes» de arroz; se requisaron graneros por la fuerza allí donde los agricultores se resistieron, al tiempo que los pagos compensatorios produjeron un alza generalizada en los precios. En mayo de 1942 le llegó el turno a los barcos: Pinnell destruyó o confiscó en los meses sucesivos 43.000 embarcaciones, dejando «la infraestructura esencial que suponía el transporte fluvial» muy maltrecha. Millones de entre los bengalíes más pobres dependían de dicha infraestructura, y aunque los propietarios de los barcos fueron compensados, los que los arrendaban para ganarse la vida no recibieron nada; los alfareros y los pescadores fueron condenados a la indigencia. Al mismo tiempo, tal y como señala Mukherjee, Bengala seguía exportando arroz: un total de 45.000 toneladas en enero de 1942, que llegaron a 66.000 toneladas en abril.

Esa era la situación cuando llegaron los refugiados de Burma. La victoria japonesa provocó la huida del país de unos 600.000 trabajadores indios, de los cuales al menos 80.000 murieron en la marcha de casi mil kilómetros hasta la frontera bengalí. Aunque el gobierno imperial británico hizo todo lo que pudo para atender a los europeos que huían del avance japonés, los indios –hombres, mujeres y niños– fueron abandonados a su suerte. A su llegada, los supervivientes hicieron crecer la demanda de arroz en Bengala justo en el momento en que la política de la Denegación vaciaba los graneros. A los indigentes había que sumar miles de familias campesinas que habían sido evacuadas en masa por las autoridades británicas por razones de interés militar: 36.000 personas de Diamond Harbour, 70.000 de Noakhali, etcétera. Muchos de estos deportados quedaron en un estado particularmente vulnerable, y serían de los primeros en perecer con el inicio de la hambruna de masas.

Mukherjee nos ofrece una visión esclarecedora del papel que jugó la política de la Denegación a la hora de conformar a la dinámica de la crisis conocida como *Quit India* [«Márchense de la India»], en 1942. En respuesta a las continuas protestas contra la Denegación, una resolución del CNI de 10 de julio de 1942 estableció la obligación de indemnizar por la totalidad de cualquier pérdida de propiedad de tierras o embarcaciones, las cuales no debían entregarse mientras no se hubiera acordado de antemano la cuantía de la compensación. Desde Londres, el gabinete de guerra declaró que la resolución [conocida como *denial resolution*], por lo demás, bastante moderada, equivalía nada menos que a traición. Leo Amery, secretario de Estado de Churchill para la India, conminó a Linlithgow a que adoptara medidas más duras contra Gandhi y contra la cúpula del CNI, en lugar de «castigar meramente al infeliz aldeano que se niega a desprenderse de su barca o de su carreta de bueyes». El arresto de Gandhi, Nehru y de los líderes provinciales del partido del Congreso, una vez más con el apoyo de Atlee, se produciría al mes siguiente, después de la famosa resolución del 8 de agosto, que exigía la independencia inmediata, y del célebre discurso de Gandhi, *Quit India*, que invitaba a las masas a unirse a una lucha abierta, pero no violenta, contra el imperialismo británico. Mukherjee demuestra que el gabinete de guerra se tomó la resolución del 10 de julio muy en serio. De hecho, la agitación de masas tomó una forma mucho más radical una vez que los líderes del CNI fueron encarcelados: las «interrupciones del transporte, de las líneas de comunicación y del funcionamiento de las fábricas» comenzaron inmediatamente en las ciudades, seguidas poco después por el campo, «con los campesinos tomando parte masivamente en la rebelión abierta: las líneas férreas fueron cortadas, los postes de telégrafo derribados, los almacenes saqueados y las estaciones de policía asaltadas». El 15 de agosto Linlithgow autorizó al ejército a ametrallar a los manifestantes desde el aire. La revuelta

fue sofocada con al menos 10.000 muertos y más de 90.000 encarcelados. Numerosas aldeas fueron quemadas o sometidas a multas colectivas, los prisioneros, públicamente azotados; la represión contaba con todo el apoyo de los ministros laboristas de Churchill. Linlithgow le comunicó a Churchill que se trataba, «de lejos, de la rebelión más seria desde la de 1857, cuya gravedad y dimensión hemos de momento ocultado al mundo por razones de seguridad militar».

La seguridad militar dependía también de mantener el nivel de producción industrial de Calcuta, en un momento en que los capitalistas *marwari*, afines al CNI, entre los que había miembros prominentes del clan Birla, habían llevado a sus propios obreros a la huelga en las plantas textiles y metalúrgicas de la ciudad. En agosto de 1942, escribe Mukherjee, con las reservas de arroz bajo mínimos y los precios por las nubes, las autoridades británicas «empezaron a preocuparse en serio ante la cuestión de alimentar a la mano de obra en las fábricas de producción de guerra». Pinnell empezó pagando por encima del precio de mercado para adquirir provisiones a gran escala. Al mismo tiempo, el gobierno colonial instó a los fabricantes bengalíes, cuyos beneficios se estaban disparando por el *boom* de la producción de guerra, a que se hicieran con sus propias reservas de arroz. Las adquisiciones de alimentos podían desgravarse del impuesto de sociedades. La Cámara de Comercio de Bengala fue pionera en este sentido, acaparando cargamentos de arroz y arrozales enteros, mientras sus filiales se disponían a aumentar sus adquisiciones a granel. Como consecuencia de ello, los precios se elevaron muy por encima del poder adquisitivo de los bengalíes humildes (el coste del arroz subió un 65 por 100 en las seis semanas comprendidas entre el 7 de julio y el 21 de agosto de 1942), mientras cundía el pánico entre los consumidores y aumentaba la especulación en el mercado negro. En palabras de Mukherjee, «estaba a punto de empezar la estación del hambre». En octubre sucedió además otra calamidad, cuando el distrito de Midnapore, densamente poblado y uno de los centros de resistencia durante la revuelta *Quit India*, fue golpeado por un ciclón que dejó tras de sí miles de muertos y más de dos millones de personas en la miseria y sin hogar. En diciembre de 1942 se recibieron informes que hablaban de condiciones de hambruna en los distritos rurales, entre ellos el de Midnapore tras la tormenta. Linlithgow les echó la culpa a los agricultores, a los que acusó de acaparar arroz.

En enero de 1943 Calcuta se estaba llenando de mendigos semidesnudos, «importunando a los honrados trabajadores con sus súplicas quejosas», tal y como informaba *The Statesman*, el diario principal de la ciudad. La inflación de los años de guerra también había hecho subir el precio del algodón, y muchos no podían permitirse más que un trapo por todo atuendo. En febrero Gandhi, todavía en prisión, comenzó una huelga de hambre en protesta por «lo que está sucediendo en el país, incluidas las privaciones de los

millones de pobres por culpa de la escasez universal que asola nuestra tierra». En Londres el gabinete de guerra, sin ningún voto en contra por parte de los laboristas, decidió dejar morir a Gandhi, a pesar del temor a volver a encender con ello la mecha de la revuelta. Se debatió durante diez minutos y se rechazó una solicitud de importar alimentos por parte de Linlithgow. A todo esto Gandhi sobrevivió a su ayuno, que fue interrumpido a las tres semanas, suscitando un considerable desdén y la burla de Churchill y Amery. Su cautiverio habría de durar otros catorce meses. Entretanto, en Calcuta el gobernador británico maniobraba para librarse del primer ministro electo, Huq, que había exigido una investigación en torno a la represión brutal del movimiento *Quit India* en Midnapore. En abril de 1943 Herbert se salió con la suya: se instaló un gobierno provincial no elegido de la Liga Musulmana, encabezado por el primer ministro Khwaja Nazimuddin. Lo cual le dio otro giro, tóxico y comunal, a la política de alimentos en Bengala: la Liga Musulmana sería acusada de desviar los suministros del gobierno provincial hacia su propia comunidad, los *ispahanis* fueron de nuevo puestos al mando, mientras que los industriales partidarios del CNI, los comerciantes y los tenderos, tendían a dar prioridad a los hindúes.

En el verano de aquel año las muertes diarias por inanición en Calcuta ya no se podían ignorar, aunque el sufrimiento en los distritos rurales pasara en gran medida inadvertido. Los días 16 y 17 de agosto de 1943 se recogieron oficialmente ciento veinte cuerpos de las calles. El gobierno prohibió informar de la hambruna, pero Ian Stephens, editor de *The Statesman*, esquivó las regulaciones publicando un despliegue fotográfico: en una sola tarde, un equipo de reporteros «recogieron un dossier de fotografías de la hambruna, algunas de ellas tan horribles que el editor mismo las juzgó “del todo impublicables”». *The Statesman* publicó un despliegue fotográfico similar a la semana siguiente, bajo el titular, «La vergüenza de la India entera». Pero tal y como Stephen señalaba, la situación era mucho peor en las áreas rurales. De hecho, muchos de los muertos de las calles de Calcuta eran gentes que habían huido del campo, con la esperanza de encontrar un alivio en la ciudad. Había unos 150.000 refugiados en la miseria viviendo en las calles de Calcuta. Las autoridades respondieron con una redada a los sin techo, para encerrarlos a la fuerza en campos de repatriación. Allí morirían de hambre más lentamente, en condiciones horribles, con una ración de 800 calorías al día. Entretanto, tal y como escribe Mukherjee, «los pobres se estaban desplazando por millones, caminando con dificultad entre lluvias monzónicas, medio desnudos, mientras unos iban cayendo y muriendo al borde del camino, y otros irrumpían desordenadamente en las áreas urbanas para mendigar comida». El sistema público de salud estaba «hecho una ruina: mal organizado, sin personal suficiente y falto de aprovisionamientos básicos». El cirujano general oficial de Bengala describiría a los hambrientos

como «mera piel y huesos, deshidratados, con las lenguas reseca, llagas en los labios y los ojos fijos».

En octubre de 1943, el virrey Linlithgow, cuya actitud hacia la hambruna masiva había sido la de ignorarla mientras fuera posible, fue reemplazado por una figura militar, Archibald Wavell, cuyo currículum imperial incluía la represión de la revuelta árabe en Palestina y las humillantes derrotas sufridas en la península de Malasia, Singapur y Burma; según rezaba un informe oficial, «El indio medio contempla [la designación] como el preludio de la ley marcial». De hecho, después de darse una vuelta por Calcuta de incógnito con su mujer, Wavell ordenó al ejército que ayudara en las labores de asistencia, dedicando una división completa a tal esfuerzo. Las exportaciones de alimentos de Bengala fueron al fin prohibidas, y eventualmente se introdujo el racionamiento en Calcuta, si bien el campo «quedó fuera del racionamiento y murió de hambre». Aunque Mukherjee reconoce que las medidas de Wavell salvaron vidas, dada la escala de la catástrofe sus esfuerzos «llegaron muy tarde y se quedaron muy cortos». Las víctimas siguieron aumentando: a finales de año, la cifra de víctimas por hambre, enfermedad y frío superaba ya de largo los tres millones.

Wavell hizo cuanto pudo por convencer a Londres de la necesidad de importar grano a gran escala, logrando para ello el apoyo del comandante en jefe del ejército indio, Claude Auchinleck, así como de los jefes del estado mayor en Londres. El gobierno era consciente de que la crisis estaba poniendo en juego el esfuerzo de guerra contra Japón. Amery les dio su apoyo, señalando que las escenas de los indios hambrientos estaban causando «consternación entre las tropas europeas». El gabinete de guerra se mantuvo inamovible. Churchill comentó que el hambre de los «siempre mal alimentados bengalíes» era un asunto menos serio que la que padecían los «robustos griegos». Según anota Amery en su diario, «Winston detesta tanto la India y todo lo relacionado con ella que [enviarles grano] le parece un desperdicio del espacio de carga de los buques». A finales de año la intervención de Wavell parecía haber estabilizado la situación en Calcuta, pero la hambruna de masas continuaba en el campo. A medida que se acercaba el invierno, la situación de los pobres rurales fue empeorando por la escasez crónica de ropa, por lo que muchos perecían no sólo hambrientos y sin techo, sino también literalmente desnudos. Sin embargo, la propaganda proclamaba que el hambre estaba bajo control. El gabinete de guerra seguía resistiéndose a aceptar las solicitudes de Wavell de importar alimentos. En febrero de 1944 Wavell advirtió a Londres de que la reputación del Imperio estaba sufriendo, y le hizo saber a Amery que la importación de comida era «un asunto de vida o muerte para cientos de miles de indios», y que «nuestra reputación mundial de potencia bondadosa y justa puede echarse a perder irremediabilmente». Fue inútil. En la primera mitad de 1944

umentaron los índices de mortalidad, mientras las epidemias se cebaban con una población debilitada; las muertes por malaria alcanzarían en aquellos meses de noviembre su punto álgido.

En Calcuta «los pobres urbanos vivían en los márgenes absolutos de la vida y de la muerte», en fuerte contraste con los crecientes beneficios que se estaban embolsando los industriales indios. En diciembre de 1944 el nuevo gobernador de Bengala, el político australiano Richard Casey, recordó el horror que sintió ante las condiciones de vida que pudo contemplar dando un paseo por los arrabales de Calcuta: «Los seres humanos no pueden permitir que otros seres humanos existan en estas condiciones». Tal vez habían sido otros dos millones de personas, las que habían muerto por desnutrición, enfermedad y frío durante aquel año de 1944. La situación seguía siendo seria en 1945, cuando la falta de las esperadas lluvias monzónicas trajo consigo el temor a otra hambruna. A principios de enero de 1946, Wavell advirtió a Frederick Pethick-Lawrence, secretario de Estado para la India en el gobierno de Attlee, que la situación alimentaria volvía a ser crítica. Pethick-Lawrence reconoció que «la necesidad de India es incuestionable», pero dejó claro que no habría ningún incremento en las importaciones de alimentos. En lugar de ello, recomendó que la ración alimenticia en las ciudades se redujera, para que las reservas existentes cundieran más. En esas condiciones, con la independencia ya en el horizonte, los intentos de políticos indios rivales de echar la culpa de la catástrofe a sus opositores —especialmente de la Liga Musulmana, que había ocupado la presidencia durante los peores momentos de la hambruna— no podían sino cundir y proliferar.

Las divisiones comunales no lo dominaban todo. Mukherjee recuerda, en este sentido, las masivas protestas unificadas de noviembre de 1945 y febrero de 1946, contra los juicios a soldados del Ejército Nacional Indio que habían sido hechos prisioneros en Burma por tropas británicas que regresaban allí: banderas comunistas, de la Liga Musulmana y del CNI se ataron unas con otras en un gesto de unidad política, «testimoniando un sentido de solidaridad con el que la población de Calcuta tomaba conciencia de cuán incierto era su destino colectivo». Sin embargo, los líderes políticos «continuaron canalizando las ansiedades y frustraciones de las masas hacia un molde más sectario». El 16 de mayo de 1946, la misión de gabinete a la India del gobierno de Atlee publicó su propuesta de una India unida e independiente con una autonomía regional amplia, como una manera de evitar la formación de Pakistán en tanto que Estado musulmán separado. En un primer momento los líderes del CNI asintieron, pero pronto comenzaron a retractarse, con el argumento de que en tal caso la Liga Musulmana obtendría más representación de la debida. Así, el 10 de julio Nehru rechazó el plan de forma inequívoca. Cuatro semanas más tarde, la Liga Musulmana llamó a una «jornada de acción directa» de agitación en favor de la formación de Pakistán.

El gran logro de Mukherjee con *Hungry Bengal* es el de mostrar cómo la hambruna jugó un papel esencial a la hora de preparar el terreno para el estallido de la violencia comunal en Calcuta en agosto de 1946. El *hartal*, o huelga general, convocada por la Liga Musulmana el 16 de agosto dividió la ciudad conforme a fronteras previamente endurecidas por los efectos deshumanizadores de la hambruna. Grupos de musulmanes en su camino hacia la marcha del Maidan, el parque central de Calcuta, atacaron las tiendas que no habían cerrado por el *hartal*; hindúes armados trataron de bloquearles el paso. El resultado fueron «cinco días desenfrenados de tumultos, asesinatos, saqueos, incendios, mutilaciones y torturas», que dejaron gran parte de la ciudad en ruinas. Hubo al menos cinco mil muertos, aunque Mukherjee estima que la cifra real fue seguramente mayor. El 28 de agosto se informó de que había 189.015 personas desplazadas por la violencia en campos de refugiados, pero, tal y como nos dice el autor, la cifra total de desplazados era mucho más alta: muchos dejaron la ciudad (110.000 por tren y en cifras indeterminadas a pie), mientras varios miles más buscaron refugio en casas de amigos y familiares. Mukherjee estima que alrededor de un 10 por 100 de la población de la ciudad había sido desplazada por la violencia. Al menos el nuevo gobernador de Bengala, Sir Frederick Burrows, pudo consolarse con el hecho de que los disturbios eran «comunales y no, repito, no, en ningún modo, antibritánicos».

Los disturbios tuvieron lugar cuando la hambruna volvía a repuntar, en una sociedad ya extenuada, brutalizada por años de hambre, y que finalmente se deshacía. Aunque la ocasión fue el *hartal* de la Liga Musulmana, la causa había que buscarla en «tensiones muy específicas e identificables» en la ciudad. Se trataba de una «batalla localizada por el control de bloques urbanos, avenidas y barrios». La introducción del racionamiento por parte de Wavell en 1944 suponía que «formar parte» de la ciudad o estar excluido de la misma se convertía en una cuestión de vida o muerte: quedar fuera llevaba aparejado la repatriación al campo, donde no había racionamiento. En agosto de 1946, nos dice Mukherjee, «esa decisión fue delegada a elementos no oficiales». La violencia esporádica continuó incluso después de que la ciudad hubiera sido ocupada por 45.000 soldados, y de que el pillaje se hubiera oficialmente dado por terminado; pero había gente que seguía siendo sacada de sus casas y asesinada. Los disturbios de Calcuta eran el preludio de una conflagración mucho más vasta, que acompañó la Partición y la creación de Pakistán.

El relato de Mukherjee deja meridianamente claro que, para proteger sus posesiones indias —el *Raj*— de una amenaza japonesa que nunca llegó a materializarse, el Estado británico sacrificó las vidas de unos cinco millones de personas, y el gabinete de guerra mantuvo una actitud de cruel indiferencia. En el caso particular de Churchill, la indiferencia estaba fuertemente

teñida de racismo. Incluso Amery, en una ocasión, no pudo dejar de señalar que «no veía gran diferencia entre su actitud y la de Hitler». Tal y como insiste Mukherjee, la hambruna de Bengala no fue un desastre natural, sino «el producto directo de las ideologías coloniales y del periodo de guerra, y de unos cálculos que expusieron conscientemente a los pobres de Bengala a la aniquilación por inanición»: «un enorme crimen que fue cometido a plena luz del día», y un crimen que a día de hoy sigue sin ser reconocido. Los británicos, desde luego, no estaban solos en el papel de perpetradores, tal y como hemos visto. Las élites indias y los líderes políticos fueron cómplices y beneficiarios, y en general se mostraron inmutables ante el sufrimiento en las zonas rurales. En este punto, Mukherjee hace hincapié en el clamoroso silencio de la historiografía india. Se trata de las mismas clases que continúan gobernando, tanto India como Pakistán, a día de hoy. Mukherjee describe de esta forma un viaje que hizo por la Bengala rural mientras llevaba a cabo su investigación: «El hambre parecía seguir presente por todas partes, acechando en las sombras, en los lamentos de los lúgubres rincones, escrita en los rostros infantiles en cada esquina, persistente en las espaldas de los barrenderos de mediana edad, en silencio asolando la conciencia colectiva de la sociedad toda». Más en general:

Los vínculos, profundos y omnipresentes, entre la guerra, el hambre y los conflictos son tortuosos y complejos, pero son también manifiestos. Son, además, numerosos. Allí donde haya guerra civil, violencia étnica, disturbios comunales o cualquier otro tipo de violencia horizontal –particularmente en el Sur global–, búsquese el hambre que las precedió y, en la mayoría de los casos, será muy fácil de encontrar.

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

Tarifas de suscripción a la revista *New Left Review* en español

Para España

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [55 €]

Suscripción anual para Instituciones [200 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número
enviados a una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [20 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Para Europa

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [85 €]

Suscripción anual para Instituciones [300 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [30 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

Resto del mundo*

Suscripción anual (6 números)

Suscripción anual individual [120 €]

Suscripción anual para Instituciones [350 €]

*(una suscripción equivaldrá a 3 ejemplares de cada número enviados a
una misma dirección postal)*

Venta de un ejemplar individual para instituciones [50 €]

Gastos de envío postal ordinario incluidos.

* Excepto en la República del Ecuador. Para dicho país deben contactar con el Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN (<http://iaen.edu.ec>)

Formas de pago

Se puede realizar el pago mediante tarjeta de crédito, transferencia bancaria o domiciliación bancaria a través de nuestra página:

<http://traficantes.net/nlr/suscripcion>

Para cualquier duda podéis escribirnos a nlr_suscripciones@traficantes.net